

GFS-210-A35

RUPERTO CHAPÍ Y EL ALMA MADRILEÑA

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



Pocos compositores han sabido captar los matices del alma madrileña como Ruperto Chapí. Sostenía Pepe Serrano, - uno de los admiradores más fervorosos del maestro, - que para identificarse con el espíritu de tal o cual región reunía más probabilidades de acierto la sensibilidad de un artista forastero que la del hijo de la propia tierra; puesto que el que llegaba con el alma abierta a todas las sensaciones, tenía en conjunto y en detalle una visión más exacta de todo aquello que constituía nota peculiar de determinado ambiente, que aquél que, por estar familiarizado desde su infancia con esta costumbre o con aquella melodía, apenas si les daba importancia, juzgándolas de escaso interés. Y, predicando con el ejemplo, Pepe Serrano, valenciano, supo llevar al pentagrama el alma de Andalucía en aquellas partituras inolvidables de LA REINA MORA y LA MALA SOMBRA.

En la profusa obra de Ruperto Chapí, que abarcó tantos géneros y oteó tantos horizontes, adquiere vigor inusitado la interpretación de la vida madrileña con sus desplantes y sus ternuras, con sus nostalgias y sus entusiasmos y, sobre todo, con ese garbo imposible de definir, que la música del maestro supo, sin embargo, captar robándole su secreto entrañable. Eran los tiempos en que Barbieri y Bretón acudían a lo mejor de sus inspiraciones para evocar momentos y tipos de Madrid. Chapí, fiel siempre a su fuerte personalidad y dejándose arrastrar por su apasionado temperamento, se acercó a Madrid sin titubeos y la cortejó con requiebros de enamorado. Unas veces se inspiró en episodios del Madrid pretérito, y EL CORTEJO DE LA IRENE, LOS MAJOS DE PLANTE, EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ y LA SOBRESALIENTA recogieron temas de un inconfundible valor folclórico. Pero donde la fuerza creadora de Chapí acertó a descubrir con mayor claridad el alma madrileña fué en aquellos gabinetes de

fines del XIX y comienzos del XX, cuyas partituras, por sí solas, hubiesen bastado para inmortalizar su nombre. Recordemos sólo unos cuantos títulos: LAS BRAVÍAS y LA REVOLTOSA, PEPE GALLARDO y LA CHAVALA; joyas musicales de perdurable recuerdo, que justifican, no la admiración, -que esa se la otorga España entera,- sino la gratitud que Madrid le debe y que, en ocasiones como ésta de su centenario, espera y aprovecha momentos para exteriorizarla cumplidamente.

Mi inolvidable padre Carlos Fernández Shaw, que por ser uno de sus más leales colaboradores era también uno de sus admiradores más convencidos, subrayó muchas veces este aspecto madrileño de la musa, amplia y generosa, del autor de EL ALMA DEL PUEBLO. Y, en un soneto inspirado en "la Fuentecilla", la típica fuente de la calle de Toledo, de Madrid, dió público testimonio de esa consideración:

"Asegúrense bien, que vá a pasar
la chula, "presumiendo de mantón";
un mantón de finísimo crespón,
más azul que el espejo de la mar.

flor
Es la flor de las chulas, y a la par
es maja de perfecta condición.

El sainete feliz de Don Ramón
le infunde su donaire singular.

Lleva nardos: las flores del Edén.

Luce joyas soberbias. -"¡Vén a mí!"-
-"¡Mira bien!"
Y atonta con sus ojos. ~~wwwfwwwfwwwfwwwf~~

Y canta como un ángel. -"¡Porque sí!"

"Subrayando, con tímido vaivén,
el mejor pasacalle de Chapí."

Esa hembra madrileña,- manola, maja o chula,- tiene hoy sus here-

deras directas en innumerables mujeres que se encrespan como la Patro, se enamoran como la Pilar y dan achares como la Mari Pepa. Y son ellas las que, en estas horas de merecido recuerdo, han de ofrendar con sus flores el inexcusable homenaje que Madrid debe al hijo esclarecido de Villena.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW.